



ZORAN FERÍĆ

Zoran Ferić nació en 1961 en Zagreb. Se licenció en filología croata en la Facultad de Filosofía y Letras de Zagreb. Trabaja como profesor de Lengua y Literatura Croata en un instituto de bachillerato. En 1987 empezó a publicar ensayos y prosa en *Polet*, *Studentski list*, *Pitanja*, *Okolo*, *Quorum*, *Plima*, *Godine nove*, y en el 3º programa de radio Croacia. En 1997 obtuvo el premio August Gustav Matoš por el cuento *Anđeo u ofsajdu* (*Un ángel fuera de juego*), publicado en la revista *Plima*. Sus relatos han sido traducidos al inglés, alemán, esloveno, polaco y húngaro. La editorial austriaca Folio Verlag ha publicado los libros *Mišolovka Walta Disneya* (*La ratonera de Walt Disney*) y *Anđeo u ofsajdu* (*Un ángel fuera de juego*); en el año 2001, en Munich salió una edición de bolsillo de *La ratonera...* y la editorial eslovena Beletrina editó una selección de relatos titulada *Blues za gospo s rdečimi madeži* (*El blues de la señora con manchas rojas*). Obras: *Mišolovka Walta Disney* (*La ratonera de Walt Disney*), 1996; *Quattro stagioni*, recopilación de relatos con M. Kiš, R. Mlinarec y B. Perić, 1998; *Anđeo u ofsajdu* (*Un ángel fuera de juego*), 2000; *Smrt Djevojčice sa Žigicama* (*La muerte de la vendedora de fósforos*), 2002.

SIMETRÍAS DEL MILAGRO

I. SEXTA ESTACIÓN

Hace muchos años, cuando aún eran una familia, Ivan y sus padres paseaban un domingo de invierno, por la tarde, alrededor del lago de Maksimir, que se había helado. Era antes de Navidad y el parque, los paseantes, incluso los árboles, mostraban un aspecto un tanto solemne. Y entonces, inesperadamente, divisaron un grupo de gente en la orilla y a un tipo que señalaba un agujero enorme en el hielo. Vieron el agua color de acero, trozos partidos de hielo, al lado del agujero una gorra del revés y una pintada hecha con letras rojas uniformes:

¡EL HIELO ES UN ESTADO FÍSICO QUE PERMITE QUE UN HOMBRE CORRIENTE SE CONVIERTA EN CRISTO!

Junto a la pintada había un cubo pequeño con pintura y una brocha cuidadosamente colocado encima. No había nadie en el hielo, y la superficie del agua en el agujero estaba fantasmalmente tranquila.

Fue una experiencia chocante. Luego llegaron unos hombres con cámaras y filmaron sus caras. Resultó que se trataba de un proyecto artístico, un *happening* de un pintor que ese año, con sus actuaciones provocadoras, advertía a la gente que la vida se componía de paradojas de sobra conocidas, las cuales se repetían con insistencia.

Justo cinco años después, murió la madre de Ivan. Había un absurdo perfecto en esa cifra redonda. Después del entierro, lo enviaron a pasar las vacaciones de invierno con su padre en Francfort del Meno. Mientras duró la agonía, su padre no apareció. Hacía ya unos años que estaban separados, y no había podido conseguir que le dieran vacaciones para ver morir a su ex mujer. El cáncer de mama metastatizó en el pulmón y todo fue relativamente rápido: de octubre a diciembre.

Pero diciembre, de aquel año, era húmedo e increíblemente cálido. La fina lluvia, que por las noches punzaba las caras, había convertido el invierno en una primavera temprana. Permanecían de pie en la entrada y observaban a los últimos clientes que salían de unos grandes almacenes despididos por los vigilantes con una cortés inclinación de cabeza. Aunque sólo eran las nueve de la noche y víspera de las fiestas navideñas, las calles estaban desiertas.

—Ahora nos toca a nosotros —dijo el padre de Ivan.

Se acercaron y dieron unos golpecitos en el cristal. Pasó más de un minuto antes de que un hombre en uniforme verde entreabriera la puerta.

—Ya estáis aquí —dijo estrechando la mano primero al padre y luego a Ivan.

—¿Para qué estamos aquí? —preguntó Ivan. Todo era muy extraño.

—¿Es que el niño aún no lo sabe? —inquirió el vigilante.

—Lo sabrá enseguida. Tenemos que enseñar al muchacho a divertirse, ¿no? —respondió el padre de Ivan ofreciendo al guardia un billete de cien marcos.

Ambos se rieron. Ivan notó que la gran barriga del guardia, ceñida por una cazadora demasiado estrecha, se movía de arriba abajo por la risa. También se agitaba el cinturón con el revólver.

—Ya esta todo arreglado —dijo.

Ivan y su padre se dirigieron a las plantas altas. La escaleras mecánicas no funcionaban así que subieron despacio, andando. Como en una romería. El padre explicaba las secciones que se hallaban en cada planta por la que pasaban. Lo leía en unos paneles muy grandes que por lo general estaban iluminados, pero ahora no: deportes y armas, marroquinería, juguetes, confección masculina.

—Bueno hijo, ha llegado el momento de que te enseñe algo que seguramente no has visto antes —dijo el padre.

—¿Vamos a coger algo?

—Ni se te ocurra —dijo el padre—. No estamos aquí por eso.

Llegaron a la cuarta planta que estaba llena de muebles. Había cocinas, dormitorios, salones totalmente equipados, con libros, cuadros, igual que en un piso. Algunas de las lámparas estaban encendidas creando una atmósfera agradable. El padre encontró un tresillo de piel, un Chesterfield original, y se sentaron.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Ivan.

—Nos sentamos, nos sentamos y esperamos.

Aguardaron en silencio. Ivan miraba inquieto las “habitaciones” débilmente iluminadas, y su padre se dedicaba a los botones del Chesterfield. Tiraba de ellos y los retorció, como si retorciera el cuello de ratones. Era raro verlo sentado en el Chesterfield, a él, un hombre vulgar, intentando hacer algo con los botones de piel.

Entonces oyeron un ruido. Como si una bayeta mojada se deslizara por un suelo de mármol. Por fin, en un comedor, vieron primero una bata azul, y luego a la persona que fregaba el suelo. La luz era escasa y no se veía muy bien la cara. Luego cesó el ruido, la persona desapareció tras una fila de armarios, y al cabo de un rato oyeron una conversación. El rostro de su padre no se inmutó, él esperaba sin más.

Por fin vislumbraron a dos mujeres en batas azules de limpiadoras que se les acercaban. Una tenía unos pechos grandes y era mayor que la otra. Tenía los labios finos y vueltos hacia abajo. La otra mujer era muy joven, el pelo teñido de rubio aunque en la nuca era castaño oscuro. Tenía unas bolsas azuladas alrededor de los ojos. Ambas llevaban chinelas y faldas cortas bajo las batas.

El padre las saludó y se sentaron junto a ellos.

—¿Cuál quieres?

Ivan callaba confuso. Todo era muy repentino.

—Levantaos, chicas —dijo el padre— para que el muchacho pueda veros.

—¿Es la primera vez? —preguntó la mayor. Su acento era bosniaco, una voz áspera, la minifalda muy justa marcando el culo. Era de una tela elástica que se pegaba por completo al cuerpo.

—Pequeño, sé que es la primera vez —se dirigió a él— ¡se te nota en la nariz!

—Di algo, hijo, ésta es tu noche.

La mujer se levanto la falda y le mostró el culo.

—Déjalo ya —le dijo la joven— se correrá sólo con mirar. Llévatelo, nosotros nos quedamos aquí.

La mujer mayor se dirigió hacia la parte donde estaban los dormitorios separados por armarios.

—¡Elige! —le dijo. El nombre de los dormitorios estaba escrito en cartoncitos con el precio colocado encima de las camas o en las mesillas de noche: Gaby, Imelda, Ozana, Ulrike. Se detuvo en Ozana. Una cama de matrimonio de madera de teca decorada con zarcillos que debían de repre-

sentar flores o ramas de enredadera. Las mismas enredaderas adornaban el espejo del armario. La mujer cubrió la cama con una sábana como una auténtica ama de casa.

—Ponte cómodo —le dijo y empezó a desabrocharse la blusa. Se desnudaron en silencio. Él acabó primero. Estaba allí con los calcetines y los zapatos, pero completamente desnudo, y esa cosa estaba tensa. Se le acercó y le meneó los huevos. En la mano izquierda sostenía un preservativo, mientras que con la derecha aún se entretenía con los huevos de Ivan. Mordió una punta del envoltorio, lo sacó con habilidad y sopló en el gorrito del final. Luego se lo puso rápidamente y con la mano tiró un par de veces en dirección al vientre, para que la goma quedara bien colocada.

—Ahora estás listo —dijo y le dio una palmada en la tripa—, ahora ya puedes follar.

En efecto, era su primera vez. No podía concentrarse de ningún modo. Por la mente se le cruzaban imágenes muy diversas. Digamos, un hombre gordo que se había subido al techo de su VW Passat y meaba en el capó. O una vieja sin manos que vendía tortugas pequeñas en el fondo de un barreño amarillo. Mientras follaba pudo advertir que la mujer volvía la cabeza, como si quisiera eludir su aliento. Él miraba la cara femenina en la que habían aparecido gotas de sudor.

—Cuando vayas a follar —dijo en un momento— no comas cebolla.

Entonces empezó a obsesionarlo una idea extraña, un pensamiento del que no lograba librarse. Se imaginaba a la mujer de luto, tambaleándose completamente borracha y empujando un cochecito con un bebé. Quién sabe de dónde sacaba esa imagen. Por unos instantes se detenía, sujetándose al cochecito, como si fuera la única cosa firme a la que podía aferrarse en aquel momento. De este modo, pensaba él, se mostraban las visiones a los profetas bíblicos y ellos las interpretaban. Se le salió unas cuantas veces, y ella pacientemente lo volvía a colocar dentro de sí, pero la situación no iba encaminada hacia un final lógico. Siempre que se acercaba al clímax, se le aparecía la imagen de la mujer de luto y el color de su vestido destacaba contra el fondo diáfano azulado del cielo imaginado. La mujer debajo de él sudaba cada vez más y en esas circunstancias ordenó: Ahí, en el bolsillo de la bata están los clínex, alcánzamelos.

Se estiró hacia la bata que estaba sobre la mesilla de noche y rebuscó en uno de los bolsillos un paquete de pañuelos. Ella también se estiró con él de modo que ni siquiera tuvo que sacarla. Cogió un pañuelo que olía a pino del paquete de celofán que sostenía en la mano.

—¡Sécame! —dijo ella girando aún la pelvis como una mujer que sabía hacer su trabajo.

Le pasó varias veces el pañuelo por la cara enjugando el sudor que se le había acumulado. El papel poroso absorbió el sudor y la pintura de su maquillaje, que dejaron en él manchas irregulares. Poco a poco, Ivan fue tomando conciencia de que en el pañuelo se formaba un cuadro abstracto que, quién sabe por qué, mostraba a la perfección el rostro de la mujer.

Cuando por fin se corrió, entendió que el milagro se produce allí donde menos lo esperamos. Había que dar fe de ello.

II PAISAJE DEL ALMA DE MAX JACOB

Un día de finales de verano, soleado pero fresco, los sorprendió en el coche yendo hacia la cima de la montaña. La carretera era estrecha y sinuosa, y de vez en cuando las ramas de las zarzas que invadían la calzada azotaban el coche. Ivan sujetaba el volante con dos dedos y miraba el bosque. Davor se había acomodado en el asiento del copiloto sacando valientemente el codo derecho por la ventana.

—La noche —dijo— en que se la metí a mi mujer por el culo por primera vez, murió su madre. Primero le llené el intestino grueso y luego sonó el teléfono. Ella repetía sin cesar: “¡Me das asco!”. Como si yo tuviera la culpa.

Pasaban por una parte del bosque donde antaño había un sanatorio para enfermos tuberculosos, que había sido construido por un famoso médico para una actriz de la que durante años había estado enamorado en vano. Se rumoreaba que en los años treinta, incluso los zorros que se alimentaban de los desperdicios de la cocina del hospital estaban tuberculosos.

—¿Cuánto hace que se murió tu vieja?

—Quince años —contestó Ivan—. Todavía no me lo creo. No consigo ponerme de acuerdo con el tiempo.

Luego se callaron. Sin saber porqué, Ivan pensó en Huckleberry Finn y sus aventuras por el Mississippi. Ese sereno día estival parecía imaginado por Mark Twain. Quizá era así porque ambos se sentían como niños.

—Sé que tú también te la has tirado —dijo de repente Davor.

Ivan siguió callado un rato como si estuviera concentrado en la carretera y en las curvas.

—Que yo sepa —replicó por fin, después de una larga reflexión— me llamaste para que nos lo montáramos los tres. Querías hacerlo cuando fuimos a esquiar.

—Sí —dijo Davor—, eso es lo que quería. Es decir, quería que te la follaras mientras yo estaba presente. Pero, según tengo entendido, sucedió cuando yo no estaba presente.

—No, no estabas —accedió Ivan sin dejar de mirar la carretera—. Pero como si hubieras estado.

Se trataba de una amistad masculina bastante firme. Semejantes conversaciones la hacían aún más profunda. De los altavoces surgía una voz áspera femenina que cantaba un fado, una canción popular portuguesa con la que a menudo la gente se suicida en los suburbios de Lisboa.

Ya estaban cerca de la cima. Las hayas y los robles habían sido reemplazados por las coníferas, a través de las cuales el sol se filtraba con dificultad. El aire se volvía más cortante y fresco. Era el mismo aire que había ayudado a los tuberculosos a prolongar su vida.

Ivan se detuvo delante de un edificio alargado que antaño había sido amarillo y salieron del coche. Era uno de los pabellones del sanatorio desde donde se disfrutaba de una hermosa vista de la ciudad. Ahí solían pararse las parejas de enamorados contemplando cómo muy por debajo de ellas se hundía el sol en la niebla.

—Comprendí que ya no me quería —dijo Davor— cuando dejó de tragarse el esperma. Estábamos arriba en la buhardilla, encendí la chimenea, me gustaba que el fuego ardiera mientras me la chupaba. Cuando terminé, ella retuvo el semen en la boca y corrió al baño. Le pregunté porqué no se lo había tragado y me contestó que estaba amargo. ¿Cómo que amargo? Dije yo; era un ingenuo. A partir de entonces nunca más se lo tragó y yo supe que todo había acabado.

Ivan cogió a Davor por el antebrazo. Se esforzó para que fuera un apretón firme y masculino.

—¿No eres feliz? —inquirió.

Davor lloraba. Se inclinó agachado sobre el abismo y lloró en silencio. Las lágrimas le corrían por la barba.

—Da igual —balbuceó—, te lo he perdonado.

Era una imagen absolutamente insólita: un hombre que llora en una posición prevista para hacer sus necesidades, y abajo, en el fondo del precipicio, la ciudad.

Más tarde, mientras se paseaban por la senda de montaña hacia una dependencia del sanatorio, las lágrimas eran algo que ambos querían olvidar cuanto antes.

—Lo que más siento es que dejé que se llevara las fotos.

—Cuando el mundo se está derrumbando, no te dedicas a salvar menudencias —dijo Ivan.

Se hallaban sobre un calvero en el que se alzaba el pabellón más lejano del hospital. Estaban sentados en troncos y contemplaban el claro del bosque iluminado por el sol. Se estaba bien. Allí sentados, el aire y un optimismo moderado que aún estaba por llegar. Y entonces vieron al pintor. Sin embargo, parecía que él no los había visto a ellos. Se erguía delante del caballete y miraba la casita en el claro, que desde aquel lugar tenía un aspecto idílico. Difícilmente podría alguien reconocer en ella la barraca en la que expiraban los tuberculosos. El pintor, con la cabeza afeitada, vestido con un mono amarillo plastificado como los que llevan los pescadores en las traineras, estaba ocupado pintando. Sucesivamente posaba la vista en el pabellón y en su cuadro, aplicando el color en el lienzo con movimientos breves.

—Hacía tiempo que no veía algo así —murmuró Davor—. Creía que hoy día los paisajes se hacían a partir de las fotografías.

Justo entonces, el pintor hizo algo extraño. Cogió un envase de plástico de yogur, se apartó un poco, se abrió la bragueta y orinó en él. En realidad, dejó caer dos o tres chorritos dentro, y con el resto regó la tierra generosamente.

—Joder, macho, a éste se le ha ido la olla por completo —susurró Ivan. Ahora tenían una buena razón para pasar inadvertidos.

El pintor, entretanto, regresó al caballete, tomó el tubo de pintura amarilla, lo vació en la orina y lo mezcló. Añadió al cuadro los tonos amarillos del sol o de la tierra en el sendero de montaña. Más tarde, repitió lo mismo con el verde. En la mesita al lado del caballete había dos vasos con orina mezclada con colores del espectro solar. Él añadía tonos verdes: hojas, hierba, frescas sombras verdosas en la casa. Ivan y Davor contuvieron el aliento cuando, no lejos del caballete, se quitó la complicada construcción que era el mono, para poder cagar. Cagó tranquilamente, de espaldas a ellos, mirando al valle.

—Creo que se ha quedado sin color marrón —cuchicheó Davor.

Cuando la mierda salió del todo, el artista se limpió el culo minuciosamente. Gastó todo el rollo de papel higiénico, siempre con los ojos clavados en la ciudad en el valle, como si se estuviera vengando de ella.

—¡Fíjate cuánto papel! —Davor había recuperado el buen humor con la escena.

El pintor se vistió, se puso otra vez delante del caballete, cogió el pincel, agarró un puñado de caca y descargó en él una pizca de algún color. Ivan y Davor no le quitaban ojo. En ese trabajo había algo de sagrado; cómo transformaba aquella peste en el sosiego de un paisaje, cómo la absorbía de la tierra y volvía a transformarla en belleza, era un auténtico milagro.

—Este tipo está completamente loco —susurró Davor fascinado—, ¿por qué hace eso?

—Se lo tendremos que preguntar —dijo Ivan levantándose y dirigiéndose hacia el pintor que pintaba el cielo y las nubes en él, y mezclaba el color blanco con saliva.

El hombre no se mostró sorprendido al verlos. Como si todo el rato hubiera sido consciente de su presencia.

—¡Tened cuidado, no vayáis a pisar la plasta! —los previno. Era amable, y más mayor de lo que parecía a primera vista. La cabeza afeitada lo situaba en algún lugar fuera del tiempo.

—Bonito cuadro —dijo Davor desconcertado. Evidentemente no sabía qué decir. Ivan, delante del caballete, examinaba los toscos trazos de la pintura al óleo. El olor de trementina se mezclaba con el olor desagradable de las otras sustancias amalgamadas con la pintura.

—¿Por qué orina? —preguntó por fin. Se esforzó para que la pregunta sonara lo más distendida posible.

—La respuesta depende de si estáis dispuestos a oírla. Hay muchos que no lo están —contestó el pintor.

Seguía dándoles parcialmente la espalda y no había interrumpido su trabajo. En la boca sostenía un pincel más fino, y varios más en las manos. Parecía ser un hombre al que no le importaba lo que pensarán los demás.

—Creo que se está quedando con nosotros —replicó Davor. La confusión anterior se había esfumado de repente dejando paso a la arrogancia.

—No, nada de eso, es que está ocupado —dijo Ivan—. Venga, tío, dínos porqué te meas en la pintura.

—Pues porque cuando era joven tenía ilusiones —repuso el pintor. Daba la impresión de que se dirigía a Ivan—. Ahí tienes el porqué. Tu amigo no está preparado para oírla.

—Sí lo estoy —se apresuró a decir Davor. Había cierta seriedad patética en sus palabras.

—Si se lo digo, ¿se echará a llorar?

—¡Cerdo! Me ha visto llorar antes.

—Y vosotros me habéis visto cagar —respondió el pintor—, y no monto un escándalo por ello. ¿Os interesa saber por qué meo en la pintura? Así pinto los cuadros para vender. Cuando era joven tenía ilusiones. No pintaba, sino que me dedicaba a las *performances* o a las instalaciones. Apelaba directamente a la conciencia. Pero aquí, la conciencia, se la pela a todos, la gente quiere cuadros. Pues muy bien, yo les vendo cuadros. *Kitsch*. Bosque, casita, nubes.

—¡Y todo cagado y meado! —exclamó Davor.

—Lo leí en un libro —dijo el pintor. Dejó el trabajo y sólo entonces se volvió y les dio la cara. El mono estaba por delante manchado de pintura—. Ponía que un expresionista austriaco, Max Jacob, pintaba con fluidos corporales, de lo más chocantes, cuadritos de un *kitsch* empalagoso y luego se los vendía a los pequeñoburgueses por mucho dinero. Y yo lo mismo, también los vendo, pero los cuadros con el tiempo acaban descascarillándose. El color se cae. La mierda actúa.

—¿Pintas retratos? —preguntó de pronto Ivan, y su expresión era de absoluta seriedad mientras lo preguntaba.

—Los paisajes se venden mejor. Pero a veces pinto también retratos —y añadió—, por encargo.

Una nube hizo algo con el sol, y la intensidad de los colores de la naturaleza varió de repente. El cuadro, oscurecido en ese instante, parecía irreal. Por momentos, el sol sólo existía en el lienzo.

—¿Puedes ponernos dentro? —preguntó Ivan.

—¿Pero qué te pasa? ¿Qué estás diciendo? —gritó Davor.

—Pues digo que nos introduzca en el cuadro —Ivan se volvió hacia el pintor—: si nos pintas allí, junto a la casita, te pagaremos.

—De acuerdo —dijo el pintor—. Poneos allí, junto a la puerta, no hay ningún problema.

—Joder, tío, a ti también se te ha ido la olla —sentenció Davor, pero como que no le disgustaba la idea. Ya no pensaba en su mujer. Se pusieron junto a la puerta del pabellón de tuberculosos. Dos amigos en un paisaje idílico.

—¿Queréis que os pinte con esto? —el hombre señalaba discretamente los vasitos con orina.

—Sí —asintió Ivan—, el pis está bien.

El pintor empezó. No veían lo que hacía, pero ya sabían cómo la peste se transformaba en serenidad, cómo el lienzo la absorbía y la convertía en belleza, un auténtico milagro.

Entretanto, el sol había vuelto a brillar.

1.

Corriendo por las tardes, por los pasillos del viejo edificio del balneario de Stubičke Toplice, Sonja tenía que pasar junto a una niña totalmente paralítica. La niña estaba sentada inmóvil en su silla especial con un armazón mecánico insólito. De vez en cuando, la monja la apartaba de la ventana para que la intensidad de los rayos solares no le dañaran la vista. Sonja pensaba entonces en la escultura moderna. El armazón móvil de aluminio estaba en evidente desacuerdo con la rigidez del cuerpo. Precisamente, esa construcción le recordaba las esculturas móviles de Henry Moore y su deseo obsesivo por dominar el movimiento.

Después de darle de comer, la monja le leía. Sonja nunca oía lo que leía, probablemente pasajes de la Biblia, pero le gustaba imaginar que leía *El decamerón*, la historia del falso ángel Gabriel que por la noche acude a visitar a una veneciana. La alegraba el encuentro conmovedor: el ángel falso y la niña inmóvil. Había una erótica supracelstial en ello que no necesitaba movimiento.

—¿Has visto a la chica del pasillo, la paralítica? —le preguntó su madre que se recuperaba en el balneario después de que le amputaran la pierna derecha.

—¿Qué pasa con ella?

—¡Que le roban las bragas!

El asunto era increíble. Su madre, sin embargo, estaba decidida y siguió insistiendo.

—Me lo ha contado la hermana Anđelija —dijo—, la monja que le da de comer. Cada dos o tres días le desaparecen las bragas. Si no se las roban de la lavandería, entonces se las quitan, pobrecita, cuando está dormida. Como está paralítica, seguramente no lo siente.

—Esto empieza a ponerse interesante —dijo Sonja.

—La gente es muy bestia —replicó su madre.

Cuando trabó amistad con la chica, todos los días le compraba una chocolatina. Se llamaba Marija y tenía diecisiete años, que no aparentaba en absoluto. Cuando Sonja por fin amansó el horror, le resultaba muy interesante contemplar cómo, con la única mano que podía mover parcialmente, Marija desenvolvía con destreza la chocolatina que contenía cromos del reino animal y se los guardaba en el bolsillo del albornoz. Esto se convirtió en una especie de ritual: le ofrecía la chocolatina y miraba qué animal le había tocado. Para una persona, para la que todos los días son iguales, eso debía ser como un calendario. Imaginaba: en lugar del 14 de abril, un pato siberiano, en lugar del 15 de abril, el ornitorrinco, Australia.

—¿Te has enterado? —le dijo su madre un día—, le han vuelto a robar las bragas. Pero sé quién es. Hace tiempo que sospecho de alguien. Y el cerdo no quiere llevárselas limpias del armario, no y no, él quiere las sucias...

—Un puerco siberiano —remató Sonja iracunda. Eso satisfizo a su madre.

Por la tarde, cuando se despedían en la terraza del bar Salambo, donde solían ir los paralíticos del balneario en sus sillas, vio algo extraño. Un hombre entrado en años, sin afeitado, vestido con unos pantalones grasientos de tela barata y una cazadora raída, hablaba con Marija, que estaba aparcada delante de la fuente y con la única mano que movía daba de comer a las palomas. El hombre le susurraba algo, como si le hiciera proposiciones deshonestas. Tenía el aspecto de un alcohólico crónico. Marija lo escuchaba sin manifestar gran interés, concentrada en los pájaros. Parecía que le divertía tirar la comida a la apacible superficie del agua y observar a las palomas que, desde el borde de la fuente, veían impotentes los montoncitos de grano que se convertían en islas flotantes inalcanzables.

—Ese es el cerdo del que te hablaba —dijo su madre—. No hace mucho que ha empezado a sacarla “de paseo” por la tarde. No sé de dónde ha salido, pero cuentan que le metió mano a algunas chicas aquí cuando se organizó la escuela de natación de verano.

Al advertir que lo miraban, el hombre se alejó rápidamente de la chica.

—Tienes que reconocer que es bastante sospechoso.

—Lo reconozco —asintió Sonja. Y de verdad, había en todo el asunto algo misterioso.

—Lo mires como lo mires —continuó su madre, los hombres son unos cerdos. Incluso el tuyo...

—No mepecemos con eso, mamá —Sonja estaba irritada—. Me tengo que ir, mañana me levanto temprano.

2.

A la tarde siguiente, cuando iba a visitar a su madre, el joven al que le habían amputado las dos piernas, por lo que sentado en su silla parecía increíblemente corto, le rogó que lo empujara

por el sendero de grava hasta la cima de la pequeña loma en el parque que dominaba el balneario. Sonja atendió el ruego y mientras lo empujaba, tuvo la sensación de que, incluso con la silla, era muy liviano. Jamás habría imaginado cuánto peso se oculta en las piernas. Un poco más tarde, lo vio deslizarse con un placer inaudito por la pendiente, gritando: “¡Cuidadoooooooooo!”. Ella y su madre estaban sentadas en un banco del parque. Su madre llevaba muletas y una prótesis y aprendía a andar. Sin embargo, tenía un aspecto peor que las semanas anteriores.

—Así se divierte los días enteros —decía la madre—. Le pide a la gente que lo empuje cuesta arriba, y luego se tira. Es su única diversión. Cuenta que cuando era un bebé una cerda le comió las piernas. Pero yo creo que las perdió en un accidente de tráfico.

Luego empezó a hablar del marido de Sonja. Como siempre se refería a él con odio, y Sonja la dejaba. De alguna manera extraña, eso la ayudaba a sentirse más segura al andar. Paseaban bajo los viejos pinos desde donde podían divisar la piscina de agua caliente.

—Camina detrás de mí, Sonječka, por si me caigo de espaldas.

Así llegaron otra vez a la fuente, donde se hallaba Marija con su silla vanguardista. El sol se ponía confiriendo a los objetos y al paisaje un tono anaranjado, y Marija alimentaba de nuevo a las palomas. Las aves impotentes permanecían en el borde de la fuente, mirando ávidas el agua llena de semillas. Sin embargo, esta vez se hallaba a su lado el joven sin piernas. Obviamente, ya se había aburrido de tirarse por la pendiente. Él también miraba a las palomas y ambos callaban. Alguien pensaría quizá en el amor, pero Sonja sabía que era imposible. Los dos semejabán animalitos de distinta especie, entre los que sólo podía existir amistad.

—Espera aquí —le dijo a su madre— voy a llevarle a la niña la chocolatina.

Al acercarse, vio que el joven sacaba de alguna parte un fajo de papeles de colores de forma rectangular, parecidos a billetes, y lo metió en el bolsillo del albornoz de Marija. Esto introdujo en la escena un toque enigmático y sucio al mismo tiempo. Y Sonja no pudo borrar esa suciedad de su conciencia durante toda la noche, ni los días siguientes.

3.

—A la chiquilla ya no le quedan bragas —le dijo la madre a Sonja cuando volvió a los dos días al balneario—. Se ha dado cuenta la hermana Anđelija, cuando la hemos llevado a hacer sus necesidades. ¡Imagínate, la monja le ha tenido que dejar unas bragas suyas, mientras compran bragas nuevas a la niña!

—¿Y quién se las compra?

—Las monjas del hospital, se las compran abajo, en la tienda.

Había que reconocer que el asunto era raro. A veces, en el autobús, se sorprendía a sí misma pensando en las dichosas bragas y en lo raro que era todo. Cuando el autobús entraba en la pequeña ciudad, sentía que se introducía en una serie y allí la esperaban nuevos capítulos.

Lo cierto es que las cosas empezaban a embrollarse en su matrimonio. El día anterior, cuando sintió los dolores menstruales, salió antes del trabajo, llegó a casa, bajó las persianas del comedor y se tumbó en el sofá para descansar. La puerta del cuarto de estar estaba abierta. De repente, se presentó en el piso su marido, al que no esperaba a aquella hora. Por supuesto, él tampoco a ella. Se desnudó rápidamente, se quedó sólo con la camiseta, los calzoncillos y los calcetines. Desde la oscuridad, lo podía ver con todo detalle. Con trémula urgencia metió una cinta en el vídeo, cogió el mando a distancia y se sentó delante del televisor. Después de la sintonía del principio, aparecieron en la pantalla dos mujeres. Una estaba completamente desnuda, mientras que la otra llevaba un corsé rojo, liguero y medias negras de rejilla. No tenía bragas y mostraba un enorme trasero blanco. La mujer desnuda se untaba la mano con una crema, mientras que la otra, la de las medias, se abría con ambas manos las nalgas, surcadas parcialmente por estrías, para facilitar el trabajo a la primera. Ésta, para empezar, le metió por el ano sólo dos dedos, y luego, despacio, el puño entero. Entretanto, las dos jadeaban como si disfrutaran. Sonja sabía de sobra que no disfrutaban. Su marido se masturbaba. No lo veía entero, pero sí su cabeza y el pelo ralo en la nuca, que se agitaban de manera poco natural. Se quedó petrificada y contuvo el aliento. La mujer desnuda en la pantalla había cogido una botella y la introducía poco a poco en el recto de la otra que era mucho más mayor. Quizá podría ser incluso su madre. A Sonja le asombró que se la metiera por la parte ancha en vez de empezar por el cuello, que sería lo normal. Más tarde vio la etiqueta de la botella: Metaxa. Seguía callada, inmóvil, embargada por algo que no era asco ni compasión ni espanto. Hacía diez años que estaban casados, pensó, y nunca había sabido que esas cosas lo excitaban.

Esa tarde, en el balneario, decidió que había que hacer algo en relación con las bragas de Marija. Justo acababa de ver en el pasillo al hombre sin afeitado que miraba a izquierda y derecha con cautela, y luego entraba furtivamente en la habitación de Marija. Tras él flotaba un tufo a alco-

hol. A esa hora, Marija debería estar en la fuente, pero no recordaba haberla visto allí. Se acercó con sigilo a la puerta y pensaba abrirla de golpe, para atrapar al cerdo con las manos en la masa, cuando oyó que dentro conversaban. Reconoció la voz desfigurada de Marija.

—Cógelo, por favor, a mí no me hace falta —decía ella.

El hombre se negaba una y otra vez a coger algo.

—No puedo aceptarlo, no está bien —dijo.

—Créeme —le contestó Marija—, sé lo que hago. Venga, coge también el álbum, la monja ha pegado todos los cromos. Si lo envías a Kraš, a la fábrica, te mandan chocolates para los niños.

Dentro se oyó un rumor, como si el hombre pasara las hojas de un libro. Cuando salió, llevaba bajo el brazo el álbum del Reino Animal, y en las manos unos billetes verdes que contaba lentamente. Justo después entró en el cuarto una monja empujando un carrito con la cena.

4.

El lunes, subió bastante la temperatura y en el aire se sentía ya el aroma de la primavera tardía. Cuando empezó a visitar a su madre, acababan de brotar las forsythias y las primeras primulas, y ahora ya florecían las rosas. Antes de proseguir el camino hacia la habitación de su madre, visitó al doctor Bernstein, y él le mostró los análisis. Advirtió una extraña coincidencia. Cuanto más engrosaba el expediente médico materno, cuantos más papeles se amontonaban, más adelgazaba su madre. Le sobresalían los pómulos, se parecía a su propia fotografía de treinta y tantos años atrás. Como si la juventud retornara en su forma irónica.

La sorprendió en su cuarto durmiendo en su silla de inválida. Tenía la boca abierta y en las comisuras se acumulaba la espuma. En su regazo descansaba el libro que estaba leyendo: Agatha Christie: *Muerte en el Nilo*. Por la tarde no había tenido fuerzas para dar un paseo, y el color de su piel había cambiado de algún modo. Esto no prometía nada bueno.

—Empújame hasta la Plaza —dijo su madre—, quizá nos encontremos con alguien.

La Plaza era el lugar donde los pasillos del hospital partían en cinco direcciones como una estrella irregular. En ese ensanche, cuyo muro norte estaba cubierto por un mosaico con motivos de Zagreb, se reunían los enfermos inmóviles, intercambiaban chismes, conversaban y, a veces, bromeaban. Lo más frecuente es que se rieran de sí mismos como si justificaran algo.

Sin embargo, en aquel momento, no había nadie en la Plaza, por lo que pasearon sin rumbo por el laberinto del viejo balneario de la época de María Teresa. Oscurecía lentamente. De pronto, en un cruce divisaron la extraña sombra de la silla especial de Marija. También oyeron un sonido familiar, pero cuando llegaron hasta ella, Marija dormía o al menos parecía hacerlo.

—¿Has oído? —preguntó su madre con voz débil.

—Como si alguien se alejara en una silla de ruedas —dijo Sonja; sin duda era el ruido de unas ruedas sin engrasar.

Pero cuando llegaron a un punto donde el pasillo torcía, vieron a la hermana Anđelija que empujaba el carrito de la comida. Todo parecía normal. No obstante, algo inquietaba a la anciana y continuaron por el pasillo.

—Si hubiera habido alguien cerca, la hermana Anđelija, seguramente, lo habría visto —afirmó Sonja tratando de tranquilizar a su madre.

—Quizá lo ha visto —replicó ella—, pero ni siquiera se ha fijado porque está acostumbrada a él como parte del mobiliario. Acuérdate de *La carta robada* de Poe. Lo que es evidente, no se ve.

5.

Cuando al día siguiente llegó a la habitación de su madre, junto a la cama estaba el doctor Bernstein explicándole algo a la hermana que colocaba una bolsa de suero para la enferma. Se asustó. Sobre todo, porque el doctor Bernstein había dicho que la operación había tenido éxito y que la herida cicatrizaría “per prima”. Así se expresó. Probablemente era lo que pensaba entonces. Ahora, sin embargo, advirtiendo la mirada atemorizada de Sonja, dijo que la gangrena era una enfermedad “de todo el cuerpo”, y no sólo de una pierna, la que habían amputado, que siempre cabía esperar complicaciones. Su madre estaba pálida y delgada como si hubiera vuelto al peso de una veinteañera. No obstante, su piel no mostraba compresión para con tales oscilaciones en el peso y colgaba creando arrugas muy imaginativas. Un pintor abstracto podría hacer mucho con eso.

Toda la tarde, Sonja la pasó junto a la cama de su madre, que no podía moverse mucho a causa del suero y repetía sin cesar que tenía un sabor dulzón en la boca. Por su forma de hablar, se notaba que las fuerzas la estaban abandonando. Un poco antes de la cena, vino la monja y cambió la botella.

—Todo va a ir bien, señora —le dijo a Sonja, y le dio un apretón en el hombro, un apretón corto,

pero firme, que, a pesar de las palabras, indicaba que nada podía ir bien así sin más. La madre se durmió.

Alrededor de las nueve de la noche, Sonja decidió estirar un poco las piernas, al mismo tiempo que recordó que todavía tenía en el bolsillo la chocolatina para Marija. Aunque ahora sabía que la chica paralítica era mucho mayor de lo que había creído, seguía comprándole chocolate. Quién sabe porqué lo hacía. Vagabundó por los pasillos del sanatorio pero no pudo encontrarla. Se asomó a la sala de lectura y permaneció allí un tiempo. Entre los periódicos y publicaciones diversas encontró algunas revistas pornográficas que probablemente encargaban los hombres del balneario.

Por fin, cuando estaba a punto de irse, se tropezó con el joven de las piernas amputadas que corría hacia el cuarto de su madre. Empujaba la silla con ambas manos y en el regazo tenía un envoltorio.

—Corría para ver si todavía estaba usted aquí —dijo como si se sintiera aliviado—. Quiero pedirle un favor. ¿Puede echarme esto al correo? Hoy se me ha escapado el cartero. Abajo, en la estación de autobuses, la oficina de correos está abierta hasta las nueve y media.

Le tendió un paquete pequeño, envuelto en papel marrón, pegado en los extremos con celo, y para rematarlo atado con una cuerda que lo cruzaba.

—Por supuesto —dijo Sonja con aire ausente y cogió el paquete, el joven se lo agradeció y se retiró impulsándose despacio. Mientras se marchaba, pudo ver que el sudor le bañaba la nuca rasurada.

Pasó por la habitación de su madre y vio que la anciana aún dormía, cogió el bolso y se encaminó a Correos. En el paquete había algo blando que cambiaba de forma según lo cogiese con la mano. Llevaba la dirección de un hombre, pero no la del remitente. No había nada sospechoso, pero ella no podía dejar de pensar en él. En la cuerda que lo ataba, en la dirección y en el sello de cera que estampó el adormilado funcionario al que le faltaba el dedo corazón de la mano derecha.

Pensó en ello también en el bar de la estación, donde tuvo que esperar más de media hora el autobús nocturno para Zagreb. El grupo de borrachos locales debatía en la barra sobre la selección nacional de fútbol, y unos adolescentes jugaban al billar en una esquina. En el borde de la mesa de billar, al lado de un cenicerero, estaban ordenadas latas de *Coca-Cola*. Intentó pensar en sí misma muy lejos de allí, por ejemplo, en un bar de carretera, en algún lugar del oeste de Estados Unidos. Era la única mujer en el local y sentía como si tuviera que suceder algo. Se imaginó que entraba un joven de pelo engominado, desnudo hasta la cintura y con unos *Levi's* nuevos. Era una buena manera de pasar el tiempo hasta que llegara el autobús. Y entonces oyó una voz: Señora, no tendrá un poco de suelto... *pa'* pagar el billete de autobús a casa.

Ante ella se erguía el borracho sin afeitar que dos días atrás vio salir de la habitación de Marija. Todavía llevaba bajo el brazo el álbum de fotos del Reino Animal, y sin pedir permiso se sentó en su mesa. Olía a algo agrio.

—Tengo este álbum de Kraš —dijo—, lo doy barato porque tengo que ir a casa. Me esperan mis hijos, y se entiende que también la parienta.

El asco la acometió. Cogió el álbum y empezó a ojearlo. Al fin y al cabo, la mayoría de los cromos que estaban allí pegados los había comprado ella y en ese álbum, lo sabía, estaban señalados todos aquellos días, todas las tardes que había pasado allí al lado de su madre. Le dio unos billetes y se quedó con el álbum. Cuando llegó el camarero, expulsó al borracho. No fue brusco con él, sólo le dijo que se fuera con un tono serio.

—No molestes a la señora —dijo y puso delante de ella la segunda taza de té—. Tiene una hija en el balneario —continuó como si quisiera justificarlo—, paralítica total. Él le pide prestado dinero y se lo gasta en bebida. A veces desaparece por unos meses, pero siempre regresa. Tiene motivos, yo haría lo mismo en su lugar.

El camarero era un hombre realista, sabía qué aspecto tenía la realidad.

6.

Al bajarse del autobús en Zagreb, se fijó en el kiosco en una de esas revistas porno de contactos como las que había visto en la sala de lectura del balneario. La compró y se la llevó a casa, cruzando la plaza de Branimir. El aire olía al jarabe para la tos que tomaba cuando era pequeña. Quién sabe de dónde le había venido ese olor. Se detuvo bajo una farola callejera y sacó la revista. Algo la impulsaba a abrirla cuanto antes. Algo que quizá estaba vinculado con el paquete que acababa de enviar a la dirección de un desconocido. En las primeras páginas había fotografías en color de mujeres en diversas poses que se anunciaban a sí mismas. Unas estaban fotografiadas por detrás y otras por delante con los labios vaginales abiertos de par en par. Ofrecían todo: oral, anal, pis y caviar. No sabía lo que era caviar. En cualquier caso no era lo que le interesaba. Siguió pasando las hojas y llegó a los anuncios de texto. Los había diferentes: parejas que querían parejas, mujeres que buscaban a un señor bien situado, y algunos hombres a otros hombres o a mujeres, dependiendo del gusto. Y por fin encontró

lo que buscaba: “Chica con aspecto de modelo pone su ropa interior usada a disposición de hombres situados previo pago”. Un poco más abajo, un anuncio similar del mismo remitente: “Si deseas lamer mis bragas sucias, contesta al anuncio con el número... precio 50 DM”.

Era el momento de pensar en todo sosegadamente. De repente, estaba claro que nadie podía robarle las bragas a la chica paralítica en contra de su voluntad. Justo lo contrario, todo señalaba al hecho de que ella misma participaba en el asunto, aún más, quizá ella sola lo había organizado todo. Sonja se acordó entonces de las palomas y de sus miradas ávidas. No cabía duda.

La forma en la que esa mujer joven había superado sus limitaciones era un auténtico milagro. Sonja sintió que la chica paralítica de nombre ambiguo le infundía fuerza y valor. Por primera vez en su vida supo de pronto lo que tenía que hacer y cuán peligroso era el animal al que debía enfrentarse. Su marido todavía estaba despierto. Algo hacía en su despacho de abogado en la planta baja. Rondaba la cuarentena y aún era un hombre relativamente apuesto, pero en la enorme mesa de caoba parecía demasiado serio. Cogió vaselina del botiquín doméstico y se desnudó en el vestíbulo. Él apartó la vista de los papeles, se quitó las gafas y preguntó: “¿qué tal tu madre?”.

En lugar de responderle, le puso el culo recién untado de vaselina bajo la nariz. Eso lo cambió por completo. Mientras la penetraba por el ano, allí en el borde de la mesa, ella sólo sentía dolor, pero él estaba enloquecido. Hacía años que no lo recordaba así en la cama. En ese instante comprendió que el animal con el que luchaba ahora era mucho más fuerte que ella y que en esa liza injusta llevaba las de perder. Mientras él se corría, pensaba en las diferencias entre hombres y mujeres. Pensaba en su madre, y entonces sonó el teléfono. Esas dos cosas habían sucedido casi al mismo tiempo.

IV. A DOSCIENTOS NOVENTA Y CINCO

La palabra NADA en croata tiene un significado completamente distinto del mismo grupo de fonemas en español y significa ESPERANZA. Hasta la muerte de Nik ninguno de ellos, sus antiguos compañeros de clase, había pensado en esa aparente simetría. Nikola había fallecido en un choque frontal en la carretera entre Zagreb y Ljubljana. Se había empotrado contra un camión con remolque y, puesto que no pudieron extraerlo entero de la chapa aplastada, la grúa transportó el automóvil junto con los restos del cuerpo hasta el depósito de cadáveres de la localidad de Otočac ob Krka.

En la época en la que Nik murió, hacía ya dos años que estaban en guerra. La mujer a la que Davor, Sonja, Ivan y otras personas compraron la corona de flores dijo que parecía raro, pero que incluso en la guerra se moría uno en accidentes de tráfico.

El día del entierro caía una torrencial lluvia de otoño. Se reunieron delante del tanatorio del cementerio de Mirogoj una hora antes de que empezara la ceremonia. Ivan y Sonja fueron en taxi. Davor dio varias vueltas por los alrededores para encontrar un aparcamiento y por fin se les unió bajo el inmenso paraguas de Ivan. También estaban allí Mac, Nadica Penezić y otros compañeros de colegio de Nik. Todos se mantenían juntos y apretujados bajo los paraguas. Al margen de una cierta experiencia en funerales, ésta era la primera vez que en el ataúd estaba uno de ellos y eso los confundía.

—Bueno, ahora también tenemos a uno de los nuestros en el infierno —dijo Davor para romper de algún modo el incómodo silencio.

—¡No jodas! —replicó Sonja—. Ha muerto un amigo. Podrías tener un poco más de respeto.

—Sabíais que cuando murió iba a ciento noventa y cinco por hora —volvió a hablar Davor. Ése parecía un detalle importante.

—Nada de eso —dijo Ivan—, iba a doscientos noventa y cinco. Lo recuerdo a la perfección. Al fin y al cabo yo fui el último que habló con él.

—¿Cuándo hablaste con él?

—El miércoles. Se estaba preparando para el viaje. Y además, ¿qué importa? Lo importante es que en vida folló mucho.

—Trescientos coños es una buena cifra —apostilló Davor provocador mirando a Sonja que se golpeaba un pie contra otro. Sus zapatos de tacón negro estaban calados.

—Lo único que le reprocho es que nunca se folló a una negra.

La lluvia no cesaba, y la gente seguía llegando y reuniéndose en pequeños grupos. Había muchas mujeres que se estrechaban la mano. En silencio.

—Se nota que se ha muerto un follador —dijo alguien a sus espaldas.

Justo cuando los sepultureros sacaron el ataúd del tanatorio, y la guapa mujer de Nik se situó dignamente en lo alto de las escaleras de la entrada, empezó a sonar la sirena. Era la alarma antiaérea, la tercera del día y una de tantas de ese otoño lluvioso. El pánico cundió entre los presentes. Algunos se pusieron a correr hasta sus coches, se metieron dentro y se fueron. Otros intentaron mantener la seriedad, pero las cosas a su alrededor no se lo permitían. Se trataba en su mayoría de gente mayor.

Unos cuantos, los amigos del colegio, siguieron la flecha de madera en la que ponía: REFUGIO. El camino los llevó a alguna parte detrás del tanatorio, hasta la puerta trasera por la que probablemente introducían los féretros. Allí encontraron a un hombre vestido con el uniforme de sepulturero y botas de goma.

—¿El refugio? —preguntó Sonja—. ¿Está dentro?

El hombre señaló la puerta: —Abajo. Allí donde están los frigoríficos.

Bajaron por unas escaleras de metal muy estrechas y resbaladizas por la tierra que traían de fuera en la suela de los zapatos. Cuanto más bajaban, más frío hacía, y cuando hablaban, el aliento de sus bocas salía blanco. Ivan se frotaba las manos, como hace el hombre de la película *El cielo sobre Berlín*, mostrando al antiguo ángel los valores humanos.

El recinto que encontraron al final, olía a madera de pino húmeda. Había otro olor desconocido, pero casi agradable. Algo parecido a la trementina para diluir la pintura al óleo. Era una especie de vestíbulo desde donde se entraba a la sala de los frigoríficos. Allí, una pared entera estaba cubierta de grandes cajones de material antioxidante en los que yacían personas muertas a la temperatura adecuada.

Cuando entraron, ya había otros que habían corrido al refugio. Ivan, Sonja, Davor, Mac, Nadica Penezić se hallaron de repente en una situación muy extraña.

—¡Mira! —susurró Davor.

También la viuda de Nik bajaba torpemente por las escaleras. Su cuñado la sostenía por el brazo y tras ellos brincaba una niña de unos cinco años. Sonja se apresuró a ayudarla y, junto con el hombre, llevaron a la viuda hacia el muro más próximo. La mujer parecía estar drogada. Se notaba en sus movimientos lentos, probablemente se trataba de sedantes. Primero se colocó con la espalda apoyada en la pared, completamente ausente, envuelta en su abrigo de astracán negro, y luego se agachó. La niña que ahora estaba a su misma altura, la cogía por los hombros, como si fuera la única cosa firme a la que en ese momento podía agarrarse.

—Quién sabe qué estarán bombardeando —dijo un hombre. Era de otro entierro. Esperaron. Duró mucho. Más de una hora. El frío y la humedad poco a poco empezaron a ser insoportables. El hombre del otro entierro hablaba de su sobrino, desollado por los chetniks en algún lugar de Banija. Le arrancaron la piel a tiras hasta la rodillas y no habían tenido más remedio que enterrarlo así, sin piel.

De pronto, oyeron detonaciones. Ahí, bajo tierra, sonaba como si vinieran de más abajo aún, de una gran sala acústica situada en las profundidades. Dos sepultureros en uniforme entraron a la sala. Uno de ellos llevaba una botella de aguardiente.

—Están bombardeando el repetidor del monte Sljeme —dijo—. Bueno, he traído algo para calentarnos un poco.

Le tendió la botella a Ivan y éste dio un buen trago. La botella rotó. En la primera vuelta, la viuda de Nik la rechazó, pero cuando llegó por segunda vez a sus manos, introdujo con escasa maña el cuello entero en su boca, como si tomara el miembro masculino y al tragar se le deformó la cara.

Poco a poco, el aguardiente los animó. Incluso a la viuda. El alcohol se había mezclado con los sedantes y ella se volvió más locuaz. Primero habló incoherentemente de cosas diversas, y por fin mencionó la palabra *NADA*, ESPERANZA. Estaba relacionada con los sucesos en torno a la muerte de Nik. Ahí había algún secreto. Algo con aquella muerte no era como debía ser.

La noche que él se fue de viaje, contaba, acostó a la niña muy temprano, se sirvió una generosa cantidad de Amaro y se sentó delante de la tele. Se sentía bien. Como una mujer en sus mejores años, a la que el marido poco a poco ha dejado de engañar con otras mujeres. Nadie sabe la razón, pero así es. La gente en el refugio que hablaba entre sí, se calló. La viuda siguió hablando. En la televisión ponían una serie, uno de esos culebrones en español interminables. Se durmió. Alrededor de las diez, la llamó una vecina para avisarla de que llovía y recogiera la ropa tendida. Eso la despertó. Le parecía raro que Nik aún no hubiera telefoneado desde Ljubljana. Nunca había tardado más de dos horas en llegar allí. Quizá no había oído el teléfono, pensó, pero no era una explicación convincente. Entonces empezó a preocuparse.

Se sirvió otro Amaro e intentó concentrarse en un programa sobre pirámides. Sin embargo, las pirámides no lograron captar su interés. Pensaba en Nik. En todo el dolor que le había causado en esos diez años de matrimonio. Y en cuánto lo quería tal como

era. Una hora más tarde, de nuevo llamó la vecina.

—Perdona que te llame tan tarde, pero es que no has recogido la ropa y está lloviendo a cántaros.

Ahora sí que enloqueció de preocupación. Daba igual cómo fuera, o quizá por eso, Nik siempre llamaba a casa cuando iba de viaje. A veces oía ruidos misteriosos al fondo de su habitación del hotel, como por ejemplo el de la ducha, pero siempre llamaba. Primero telefoneó a su cuñado. También solía llamarlo a él. Tenían algunos negocios juntos. Éste, con voz adormilada, la convenció de que todo estaba bien, que quizá se le había averiado el coche con aquel diluvio, y no tenía desde donde llamar.

Pasó una hora más y ella se sopló unas cuantas copas. Cada poco entraba en la alcoba de su hija para verla dormir. Eso la tranquilizaba. Algo más tarde llamó a Sonja, que desde que se había separado, vivía en un pequeño piso alquilado en Novi Zagreb. Ella tampoco podía dormir, así que estuvieron charlando. Pusieron a parir a los hombres e incluso se rieron. Fue una especie de pausa, un descanso en medio de la angustia.

—No te preocupes —le dijo Sonja al final de la conversación—, todo va a ir bien.

En el refugio, sin embargo, la botella de aguardiente, seguía circulando. La viuda de Nik dio unos cuantos tragos; de hecho, también aquella noche, después de hablar con Sonja se había trincado otras dos copas. Entretanto, telefoneó su cuñado, preguntando si había noticias de Nik. Esta vez, su voz no sonaba adormilada y sí ligeramente inquieta. Eso la espantó. Sabía que había sucedido algo. Llamó corriendo a Ivan. Temía despertarlo, pero tenía gente en casa: pudo oír música, voces, risas. Era alrededor de medianoche. Estaba terriblemente preocupada y le rogó que llamara a los hospitales o a la policía.

—Yo no tengo fuerzas —dijo.

Ivan, que desde siempre había sido un optimista, la calmó en parte y prometió que se pondría en contacto en cuanto comprobara en las urgencias de los hospitales, lo que no duró mucho. A los diez minutos llamó.

—En traumatología no está —dijo Ivan—, ni en ningún otro hospital de Zagreb. En otros sitios no saben. Probablemente ha sido una avería del coche y no tardará en llamar.

Mientras Ivan hablaba, ella oyó una voz femenina tras él. No sabía si era buena o mala señal. Entretanto, Sonja llamó unas cuantas veces, y luego Ivan, y ambos la tranquilizaron.

Hacia las dos salió al balcón. Había dejado de llover y podía ver las estrellas con nitidez en el sereno cielo otoñal. La ropa seguía tendida empapada de agua de lluvia, pero ella contemplaba el cielo. Se acordó de Ivan, que en una ocasión similar había dicho: “Cuando miro semejante cielo, me asombra que haya gente que no sea religiosa”.

Pensó en ello. ¿Podría ahora, a sus treinta y cinco años llegar a ser religiosa? Así hablaba la viuda del hombre que había muerto a doscientos noventa y cinco por hora, y los demás la escuchaban. Era como en los viejos tiempos, antes de la televisión, cuando se reunían a escuchar historias.

Estando en el balcón, oyó el teléfono. Corrió a la sala. Era Nik. Al principio no reconoció su voz.

—¿Pero qué voz tienes? —le preguntó. No pudo contener el llanto. La tensión, de repente, se convirtió en un mar de lágrimas. Le explicó que el coche se había estropeado y que durante horas había esperado bajo la lluvia que llegara la grúa. Estaba ronco y tenía escalofríos y fiebre. Acababa de dejar el coche en el taller. Llamaba desde un motel en la carretera, donde se ducharía y pasaría la noche; tenía que recoger el coche por la mañana. Ella se tomó otro trago y luego, tranquilizada, se acostó.

Al día siguiente se despertó más temprano de lo habitual. Amanecía un día soleado de otoño, y las gotas de lluvia en los árboles y en la barandilla del balcón resplandecían. La niña aún dormía cuando oyó el timbre de la puerta. Era la vecina. Tomaron café juntas y se estuvieron riendo de los sucesos de la noche anterior y de la ropa empapada y amazotada, y entonces, delante del edificio, se detuvo un coche de policía.

El agente que comunicó la trágica noticia, dijo que su marido había muerto en la carretera de Ljubljana en la localidad de Otočac ob Krka, pasada la medianoche. Le manifestó sus condolencias y le rogó que identificara el cuerpo. Más tarde, tras la

primera impresión, ella intentaba reconstruir los acontecimientos, lo que, de alguna manera, atenuaba su dolor. Por el informe oficial, decía, se había enterado de que el accidente había ocurrido unos minutos después de las doce, pero Nik había llamado alrededor de las dos de la madrugada. Además, el lugar desde el que había llamado, estaba en la carretera de Ljubljana a unos treinta y tantos kilómetros después de la curva donde había chocado con el camión. Todo era muy raro. Volvió a comprobar los datos con la policía eslovena y ellos le aseguraron que no había confusión posible. Ella recordó su voz extraña, el brillante cielo estrellado, sus propias lágrimas, y algo se despertó en su interior que hasta ese momento no había sentido, algo inmenso que, según decía, le daría fuerzas para salir adelante. Ese algo era ESPERANZA.

La gente alrededor de la mujer enlutada callaba. Sólo el rumor del intento de abandonar la posición en cuclillas —a causa de la cual, probablemente, debía de estar ya entumecida— y ponerse de pie rompió el silencio. Su cuñado de nuevo acudió a sostenerla, pero ella lo apartó con suavidad.

—Puedo hacerlo sola —dijo. Aunque todavía se tambaleaba, su paso adquiría seguridad—. Cuidad de la niña, tengo que devolver.

Mientras subía por las sinuosas escaleras metálicas, podían verse restos de cal en su abrigo negro de astracán. Nadie se lo advirtió, nadie fue tras ella para sacudirle la cal. Todos estaban petrificados, personas de diversos entierros mezclados por un raro azar. Ivan, Mac y Davor estaban en una esquina, evidentemente, ensimismados en sus pensamientos. Sonja los miraba como si acabara de acordarse de algo, de algo que no era nada bueno.

—Ivan —dijo por fin—, estuvisteis jugando a las cartas aquella noche en tu casa. ¿Bebisteis mucho?

—¿Y qué importa eso ahora?

—Porque se me ocurre que uno de vosotros, algún idiota, pudo jugar con el teléfono.

—Estás enferma, tía, estás de manicomio —la cortó Davor—. Habría que encerrarte en un manicomio.

—No estoy enferma, sino que sé de sobra lo cabrones que sois cuando os emborracháis.

Mac intentó calmar los ánimos. Los asistentes a otros funerales los miraban asombrados.

—¿Por qué uno de nosotros iba a hacer algo así? ¿Para joderla?

—No para joderla, sino para tranquilizarla. Para que dejara de llamar y no os molestara mientras os poníais hasta el culo con esas putas vuestras. Ya ves porqué.

En ese instante oyeron el ulular de la sirena que señalaba el final de la alarma antiaérea. Como después de un *intermezzo*, la gente empezó a regresar al entierro. Subieron en silencio para acabar por fin aquello para lo que habían ido.

Cuando llegaron a la tumba, la fosa estaba llena de agua, como una pequeña piscina. No se sabía si era agua de abajo, subterránea, o de arriba, caída del cielo, agua de lluvia. Ivan vio a cuatro sepultureros, como los cuatro evangelistas; con ayuda de unas poleas bajaban torpemente el ataúd. Allí, en el lago, veinte años atrás, cuando se enfrentó por primera vez a la muerte, o al menos a un convincente aviso suyo, se imaginó a un hombre con la cara pintada como un payaso hundiéndose en el hielo y desapareciendo en el agua acerada. Al contemplar el ataúd de Nik entrando en el líquido marrón, similar a la orina de un enfermo de riñón, pensó en que el cuerpo humano había sido creado para que se hundiera, al margen de los impulsos a veces ilusorios de brazos y piernas, que aquí y allá denominamos con optimismo natación.

¿Y el alma? Sobre el alma, había que reflexionar. Era interesante ver que, de tiempo en tiempo, el milagro se presentaba camuflado bajo el color sucio del caos.